

DOSSIER

Presentación

Sofía Rodríguez Serrador
Universidad de Valladolid

Francisco Erice
Universidad de Oviedo

El año pasado se cumplieron 50 de la muerte del dictador Francisco Franco, efeméride que, bajo el título de «España en libertad», inauguró las conmemoraciones oficiales del proceso de transición a la democracia. Desde *Nuestra Historia* consideramos que la celebración de la relevancia de dicha fecha obligaba a una reflexión sobre las diferentes dimensiones, protagonistas y mitos de la Transición. Quizá la primera cuestión, por ser la más evidente, era si 1975 realmente suponía el inicio de un tiempo de libertad. Aunque el dictador había muerto, la dictadura mantenía el pulso y el futuro democrático todavía no era una realidad. En este sentido, el año 1976 se presentaba igualmente incierto y fue, a todas luces, un momento crítico, con un gobierno continuista, una conflictividad social creciente, una movilización laboral en plena escalada – teñida de un poso de reivindicación democrática- que, como respuesta encontró, en no pocas ocasiones, la violencia institucional, como demostraron los sucesos del 3 de marzo en Vitoria, cuyas víctimas han sido recientemente reconocidas y homenajeadas por el actual gobierno.

En aquel contexto político-social de



1976, *Hermano Lobo* editaba bajo el título *Verano&Fascismo* el número especial de junio, cuya portada, ilustrada con una viñeta de Chumy Chumetz, sentenciaba «—Hay veranos que duran cuarenta años —O más». Buena parte de la arquitectura institucio-

nal franquista sobreviviría hasta 1977, caso del Movimiento, el TOP —que siguió juzgando delitos políticos—, la Sección Femenina o la OSE. La sociedad todavía tardaría en participar de unas elecciones democráticas, y lejos aún quedaba la Constitución. Sin embargo, en las décadas posteriores se configuró hasta prevalecer en el imaginario colectivo una narrativa hegemónica de la Transición como un proceso modélico y exitoso, imbuido de un supuesto espíritu de reconciliación. Se articuló así una representación casi idealizada en la que la Transición quedó canonizada como pilar legitimador —y exclusivo— de la democracia española; en consecuencia, cualquier impugnación de este relato único se interpretaba como una deslegitimación del propio sistema democrático. En este contexto, la Constitución se erigía en paradigma del «milagro de la Transición» y, como si de un texto taumatúrgico se tratase, venía a poner punto final al arraigado espíritu «guerracivilista» del país. Obviando las experiencias democráticas que habían supuesto la I y la II República. Esos relatos coexistieron con la idea de una Transición fracasada o inacabada, que revelaba aquel proceso político como un pacto de élites para perpetuarse en el poder y que no dejaba de ser un pacto del olvido. Frente a la Transición desde arriba, se contraponía la Transición «de la calle», la Transición que pudo —o debió— haber sido. Lo que la Transición traicionó. De este modo, desde la década de los ochenta, y hasta el cambio de siglo, hemos asistido a la reelaboración de un relato más o menos oficial de la Transición que, dependiendo de la etapa y del color de gobierno, destacaba unos aspectos u otros, pero que se mantenía alejado casi siempre de la necesaria comprensión crítica propia del análisis histórico. Sería a inicios de los dos mil, y entre otros factores, por la influencia del movimiento memorialista, cuando

apareció un cuestionamiento más serio, profundo y reflexivo de este periodo, que desafiaba la imagen —todavía dominante en aquellos años— de una Transición «limpia» que ignoraba las pervivencias del franquismo. En diversos aspectos (sociales, culturales, incluso institucionales), un cierto legado de la dictadura se ha mantenido vivo en nuestro país, como las encuestas y algunos comportamientos políticos recientes parecen demostrar. Algo más de dos décadas después —y celebraciones del aniversario mediante— todavía cuesta abordar en el debate público una interpretación más poliédrica, compleja e integral de estos años. De ahí, una segunda consideración oportuna, que nos hacemos desde *Nuestra Historia*, es qué relato —y qué memoria(s)— de estos años se recupera, dónde ponemos el foco y qué aspectos quedan en la sombra. Especialmente porque no pueden obviarse los usos políticos —pasados y presentes— de la Transición, ya sea como escudo o como arma arrojadiza. Ni que las cuestiones políticas han concitado mucha más atención que las sociales, los actores colectivos han quedado opacados por el personalismo político, y que los protagonistas han tenido mucho más espacio que las protagonistas.

Quizá la mayor utilidad social de las efemérides sea «airear» la Historia: trasladar el debate académico a la opinión pública, situar a la ciudadanía ante el espejo del pasado reciente y constatar su herencia. Si celebrar el año 1975 era necesario, igualmente imprescindible es conducir la mirada más allá de ese momento. Hagámoslo sobre un espacio y un tiempo más amplio.

Desde este planteamiento, *Nuestra Historia* decidió reflexionar sobre este periodo con el presente dossier, «(Des)Memorias de la Transición». En él, historiadoras e historiadores de prestigio (Irene Abad Buil, Ferran Archilés, Sophie Baby, Pau Casanellas, Francisco Cobo Romero, Ángeles Gonzá-

lez Fernández, Elena Hernández Sandoica, Óscar J. Martín García, José Luis Martín Ramos, Carme Molinero, Mónica Moreno, Teresa María Ortega López, Gonzálo Pasa-mar, Xosé M. Núñez Seixas, Ismael Saz y Pere Ysàs) analizan las transformaciones de aquellos años. Para ello, se les propuso articular sus textos en torno a un breve cuestionario que aborda asuntos tales como la importancia de la muerte del dictador para el inicio de la Transición; los factores —sociales, económicos, políticos o culturales— determinantes para el final de la dictadura (como la importancia del movimiento obre-

ro o la cuestión nacional); la posibilidad de alternativas al proceso democratizador finalmente desarrollado; la memoria y mitos de la Transición y la conveniencia de ofrecer interpretaciones más complejas en las etapas educativas preuniversitarias. Si bien el cuestionario actuaba a modo de guía, se insistió a los encuestados en que podían organizar sus respuestas de manera flexible e incluir otros aspectos que considerasen oportunos. Con sus reflexiones pretendemos aportar una mirada más compleja y necesariamente crítica sobre la Transición y sus relatos.